

Daniel Innerarity

# LA POLÍTICA EN TIEMPOS DE INDIGNACIÓN



Galaxia Gutenberg

---

## Serie Actualidad

Dirigida por Josep Ramoneda

Se puede optar por un pensamiento crítico que tomará la forma de una ontología de nosotros mismos, de una ontología de la actualidad.

MICHEL FOUCAULT

---

DANIEL INNERARITY

La política en tiempos  
de indignación

Galaxia Gutenberg

También disponible en ebook

Edición al cuidado de María Cifuentes

Publicado por:  
Galaxia Gutenberg, S.L.  
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª  
08037-Barcelona  
info@galaxiagutenberg.com  
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: septiembre 2015

© Daniel Innerarity, 2015  
© del prólogo: Josep Ramoneda  
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2015

Preimpresión: gama, sl  
Impresión y encuadernación: Rodesa  
Depósito legal: DL B 17392-2015  
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-16495-01-6

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

*A José Andrés Torres Mora, compañero republicano y socialdemócrata, de quien no he conseguido discrepar más que en lo accidental. Me hubiera gustado escribir aquella dedicatoria que alguien dirigía a su maestro «a quien debía lo poco que sabía de esa materia», con la que no quedaba claro quién era más inútil, si el maestro alabado o el humilde alumno. En este caso, no hay ni desprecio involuntario ni humildad fingida porque, efectivamente, de política no sabemos casi nada, ambos dos y la humanidad entera, que tiene aquí uno de sus más enigmáticos misterios y tal vez el oficio más inexacto del mundo.*

«La tarea prácticamente irresoluble consiste en no dejarse entontecer ni por el poder de los otros ni por la propia impotencia.»

THEODOR W. ADORNO,  
*Minima Moralia* § 34.

---

## Prólogo: la política y sus enemigos

Escribe Jürgen Habermas en un artículo titulado «La escandalosa política griega de Europa»: «Los políticos de Bruselas y Berlín se niegan a endosar su papel de políticos cuando encuentran a sus colegas atenienses. Mantienen ciertamente la apariencia, pero cuando hablan lo hacen exclusivamente en su papel económico, el de acreedores. Se convierten así en zombies en un sentido: se trata de dar al procedimiento tardío de declaración de insolvencia de un Estado la apariencia de un proceso apolítico, susceptible de ser objeto de un procedimiento privado ante un tribunal. De este modo, es más fácil negar su responsabilidad política». Y añade: es la manera de «evitar rendir cuentas por un fracaso que se ha traducido en cantidad de vidas rotas, de miseria social y de desesperación». Esta dejación de los políticos, usual en los tiempos que corren, está en el origen de un libro como *La política en tiempos de indignación*. No es la única causa del malestar con la política en tiempos de mutaciones profundas. La sumisión a este dios menor llamado mercados (que no es lo mismo que el mercado) y las nuevas tecnologías de la información, con sus efectos de contracción del espacio (globalización) y aceleración del tiempo, juegan un papel decisivo en la confusión reinante sobre el futuro de la política, de la democracia y de la gobernanza del mundo.

Daniel Innerarity se plantea este libro como un ejercicio para «entender mejor la política», combatiendo los argumentos de quienes quieren destruirla, de quienes viven en la indiferencia hacia ella y de quienes practican la indig-

nación pasiva desde la superioridad crítica. Y lo hace desde el presupuesto de que el principal problema de la política es su debilidad. Lo que la convierte en culpable óptima de todos los males y centro de tópicos y lugares comunes. El problema no es tanto la política como la mala política: el enemigo está en casa.

La indignación se hizo carne, a partir de 2011, dando una dimensión política a una crisis que se presentaba como estrictamente económica, por razones parecidas a las que denuncia Habermas. Si sólo era económica, la resolución quedaba en manos de los expertos y los políticos eludían su responsabilidad amparándose en el obscuro discurso del «No hay alternativa» que, como dice Hans Magnus Enzensberger, «es una injuria a la razón, pues equivale a una prohibición de pensar. No es un argumento, es una capitulación». Los movimientos sociales acabaron con la utopía de la invisibilidad que pretendía esconder las víctimas y los destrozos de la austeridad y pusieron de manifiesto el carácter político, social, cultural y moral de esta crisis. Las crisis tienen siempre un efecto revelador. Y en este caso lo que emergió fue el delirio nihilista que condujo al estallido: los años en que la utopía cambió de bando, en que el poder económico hizo suya la ensoñación de que no había límites, de que todo era posible, y en pleno desvarío un economista tan distinguido como Robert Lucas llegó a proclamar el fin de los ciclos económicos. La política quedó marcada por el sello de la impotencia, al ser incapaz de controlar esta fuga hacia adelante, basada en un capitalismo financiero capaz de estar en todas partes y en ninguna al mismo tiempo, desarraigado de la sociedad, a diferencia del capitalismo industrial. El nihilismo es una categoría bifronte: la creencia de que todo es posible (la pulsión destructiva como principio de salvación) conduce a la creencia de que la acción es lo que redime. «En este comienzo de milenio», escribía Claudio Magris en 1996, «muchas cosas dependerán de cómo resuelva nuestra civilización este dilema: si combatir el nihilismo o llevarlo hasta sus últimas consecuencias.»



Esta fantasía se extendió por la sociedad en la forma de la cultura de la indiferencia, como relación con lo público del ciudadano convertido en simple *homo economicus*. Al tiempo que la economía se consolidaba como ideología que, en nombre de la racionalidad, obviaba a menudo la aparente sinrazón de la economía humana del deseo y descuidaba las bases emotivas y sentimentales de las opciones personales. Entiendo por cultura de la indiferencia la apolítica, la banalización de la palabra, el desprecio al otro (le negamos el derecho a la indiferencia, le señalamos como diferente, para tratarlo con indiferencia) y el desprecio por los perdedores. La ciudadanía se expresaba, muy de cuando en cuando, a través de momentáneas reacciones, tan ruidosas como efímeras, más morales que políticas –del entierro de Diana de Gales a las movilizaciones contra la guerra de Irak–, que raramente encontraban transformación efectiva. «Nosotros ahora todos somos clase media, podemos entendernos», decía Tony Blair. Fue esta fantasía la que creó el espejismo del fin de las ideologías –en realidad, la sumisión a una sola ideología– y es el hundimiento de esta ilusión la que ahora nos devuelve la confrontación ideológica, en un marco caracterizado por las diversas decantaciones del capitalismo, que es más un principio que un sistema.

¿Vuelve la ideología? No, la ideología no se ha ido nunca, lo que vuelve es la confrontación ideológica o, si se quiere decir de otro modo, la lucha por la hegemonía. La ideología como relato de la sociedad que determina el lenguaje y el discurso, configura la sumisión y establece pautas de conducta, no ha estado nunca ausente. Sencillamente durante unos años el debate declinó por victoria abrumadora de una parte, que supo anticipar el cambio y lanzó una devastadora batalla ideológica a partir de finales de los setenta. Esta hegemonía se consolidó con el hundimiento de los sistemas de tipo soviético, que dio lugar al efímero discurso del fin de la historia y del triunfo definitivo del modelo liberal democrático. La historia reapareció con estré-

pito, en la antigua Yugoslavia, en las Torres Gemelas, en Irak, en medio mundo. Pero en Europa, la claudicación de la socialdemocracia, que viene arruinándose desde hace treinta años obsesionada en confundir el orden democrático con el espacio hegemónico delimitado por la derecha, y que culminó de la mano de Tony Blair en forma de *thatcherismo* de rostro humano, mantuvo viva la ilusión de la superación de las ideologías. Y, en las dos décadas previas a la crisis, la economía se convirtió en principio absoluto de legitimación política y social, completando el experimento iniciado en la Alemania de posguerra. Cuando el economismo se impone, la sociedad acaba crujiendo. Entre el marxismo y el neoliberalismo hay un elemento común: la atribución de un carácter determinante al factor económico que olvida la conciencia trágica de la humanidad y convierte al sujeto en un ser unidimensional y aislado.

La forma que tomó la reacción al nihilismo y a los destrozos de la austeridad ha sido la indignación. La indignación no es una revolución; ésta, en sus términos convencionales, no está en el orden del día. Y la indignación no es por sí misma una política, inicialmente podía situarse en la estela de las esporádicas reacciones morales de los años anteriores a la crisis. La novedad es que esta vez no ha quedado en actos de protesta testimoniales y efímeros sino que ha tomado cuerpo en movimientos sociales y, sobre todo, éste es el gran cambio, ha buscado la transformación política dentro del sistema institucional. Así ha entrado en la lucha por el poder y su redistribución. Ésta ha sido la gran sorpresa, que ha generado desconcierto en las élites dirigentes tanto políticas como mediáticas y económicas. Los movimientos sociales tenían asignado un lugar: la calle. No estaba previsto que tuvieran la osadía de forzar la puerta del autocomplaciente sistema bipartidista. Por una vez, una parte de los movimientos surgidos de la crítica a las élites y del discurso anticapitalista ha renunciado a la pureza de los márgenes para entrar en la pelea por el poder, y es cuando realmente han incomodado a los que man-

dan, que han visto su previsible sistema corporativo amenazado. Y no han querido entender la virtualidad integradora de estos movimientos, que han encauzado la irritación contra las políticas de austeridad. Desde que se han configurado como opción política real, la conflictividad social ha bajado sensiblemente. Con su presencia en la escena política, han abierto alguna línea de expectativas a una sociedad encerrada en una habitación sin vistas al futuro.

La política es débil, la política vive en la incertidumbre, la política está permanentemente expuesta, nos dice Innerarity. La debilidad ha aumentado después de la exhibición de su impotencia para poner límites a los designios de los mercados. Es este un caso peculiar de la tendencia de los humanos a construir entes transcendentales a los que transferir la última palabra sobre nuestro destino, sobre las pautas de comportamiento. La separación entre poder civil y poder religioso no ha impedido la pervivencia de lo teológico en política. Y la última formulación de ello es este genio invisible llamado mercados, a cuyos chantajes todos se pliegan, sin osar ponerles nombres y apellidos, y mucho menos desafiarlos con la legitimidad democrática. Por eso, no hay confianza en la política: no se la ve capaz de controlar los excesos del dinero. Al mismo tiempo, el gobernante ya no tiene poder absoluto sobre un territorio, la interdependencia crece y sus decisiones dependen de otros, como vemos permanentemente en la Unión Europea. Y, en su propia inseguridad, busca protección en la autoridad de los expertos, al tiempo que cede a la presión de los poderes contramayoritarios, reconociendo poder y capacidad de decisión a instituciones sin ninguna legitimidad democrática. La impunidad con la que el Fondo Monetario Internacional (FMI) da órdenes a poderes democráticamente constituidos es una humillación a los países y una pérdida de credibilidad insuperable para los gobernantes.

La incertidumbre es connatural a la política, pero crece por varios factores: porque cada vez controla menos; porque la aceleración del mundo, por el poder de las nuevas

tecnologías, contrasta con la lentitud de la toma de decisiones en política; porque por mucho sentido de la oportunidad –saber elegir el momento adecuado, conforme a las relaciones de fuerzas, para dar un paso adelante, interpretar la ocasión, para decirlo como Maquiavelo– no existe la garantía del éxito; y porque forma parte de la condición de político saber que no hay final feliz.

A todo ello se une la exposición creciente a la que los medios de comunicación y las nuevas tecnologías han sometido a los que mandan. No sólo porque en cualquier esquina un teléfono móvil puede pillarles en falso, sino porque se gobierna en situación de visibilidad permanente. Y aquí aparecen algunos de los tópicos del momento que mayor confusión generan: transparencia y participación. Hannah Arendt nos explicó que el totalitarismo es una sociedad en que las personas «no tienen espacio propio», viven, como en los campos, «presionados unos contra otros». La desaparición de la intimidad es totalitaria. La transparencia tiene que ser tratada con sumo cuidado. Las tecnologías de la información la favorecen y hay que aprovecharlo, pero tiene sus límites. Exigir información a los gobernantes es fundamental: pero infinita información es igual a cero información. Hay que procesarla para que sea útil, no para que se convierta en una nueva forma de ocultación. La vida privada de los gobernantes no puede tener la misma protección que la de los demás, no es fácilmente separable de su dimensión pública, pero debe tener unos espacios protegidos y la propia actividad política no puede estar en visibilidad permanente. De lo contrario, se impondría definitivamente la banalidad en los discursos, se dificultarían los acuerdos y la toma de decisiones y se bloquearía la eficiencia del sistema. Pero además no se puede olvidar que si los responsables políticos están más expuestos, los ciudadanos también. Nunca ha sido tan fácil espiarnos como ahora. Y además con nuestra propia complicidad. La explosión narcisista de las redes, donde miles de millones de personas se exhiben entre la impudicia y la inconsciencia, lo prueban. La

cultura de la transparencia tiene límites si no se quiere caer en un totalitarismo consentido: sin espacio para la intimidad, por autoexposición.

La participación es un valor democrático, aunque no fácil de realizar. La deriva corporativista de los regímenes en curso, que el bipartidismo ilustra, se ha convertido en una barrera y ha alejado enormemente a la ciudadanía. Incomunicación, corrupción, fractura entre gobernantes y gobernados, desconfianza. Los partidos políticos no están cumpliendo con tres de sus funciones principales: la representación, la selección de cuadros competentes para gobernar, y el reconocimiento de los ciudadanos como sujetos políticos. Es una forma antigua que requiere una reformulación. Vienen en este sentido tiempos cambiantes, en que proliferarán las formaciones políticas ambiguas, las emergencias súbitas y los movimientos efímeros. Como recuerda Daniel Innerarity, la política es palabra. Hablar a los ciudadanos es la primera señal de respeto. No hay nada más antipolítico que la consigna «Hechos, no palabras». Es la claudicación de la política. La palabra para comunicar con la ciudadanía y para reconocerle a ésta su voz, la palabra para abrir expectativas de futuro y transformar las situaciones en oportunidades. El tema de la participación es también el de la mediación. De los medios de comunicación a los propios partidos, pasando por las organizaciones de la sociedad civil, hay mucho que renovar, mucho que reformar. A veces, las cosas van más deprisa que las instituciones sociales. Y éste es un momento característico de este desajuste.

Daniel Innerarity hace un recorrido muy completo sobre el universo político y sus desafíos, desde un realismo encomiable, que elude melancolías irredentas y fabulaciones desesperadas. Comparto su defensa de la política y su crítica de muchos de los tópicos al uso, que no forzosamente aportan sino que, a menudo, aumentan la confusión. Pero quiero acabar con tres ideas que no son contradictorias, sino en muchos sentidos complementarias con lo que

escribe Innerarity. La primera es que hay que mantener vivo el horizonte emancipador: la política es el único poder al alcance de los que no tienen poder. Y no puede dejarles de lado. La segunda, es que no hay peor fantasía que la de una sociedad sin política y con Estados limitados a estrictas funciones de control y vigilancia. Basta mirar el mapa para darse cuenta de que los espacios de organización y articulación social que el Estado deja libres son inmediatamente ocupados por el crimen, por las mafias, por poderes que lo son todo menos responsables, transparentes y democráticos. Y tercera, que el gran desafío de la política es mantener la autonomía respecto de los poderes económicos, ponerles límites y crear las instituciones interestatales necesarias para superar el factor determinante de la crisis de gobernanza: su inferioridad por el hecho de que el poder económico está globalizado y el político sigue siendo primordialmente nacional y local. Demasiado a menudo, los políticos se comportan como los principales enemigos de la política: cuando la patrimonializan, cuando no se hacen respetar por los poderes contramayoritarios, y cuando esconden su impotencia tratando a los ciudadanos como súbditos, con desdén y sin reconocimiento. La crisis del régimen político español tiene mucho que ver con estas tres perversiones de la política.

JOSEP RAMONEDA

---

## Introducción: la política explicada a los idiotas

En la Grecia clásica el *idiotés* era quien no participaba en los asuntos públicos y prefería dedicarse únicamente a sus intereses privados. Pericles deploraba que hubiera en Atenas indiferentes, idiotas, que no se preocupaban por aquello que a todos nos debe concernir. Hay algunos libros excelentes que han examinado la plausibilidad actual de este calificativo (Jáuregui 2013; Ovejero 2013; Brugué 2014). No sé por qué extraña asociación esta palabra ha terminado por calificar hoy a las personas de escaso talento, cuando parece ocurrir más bien lo contrario: que los más listos son quienes van a lo suyo e incluso tratan de destruir lo público, mientras que el sistema político se ha llenado de gente cuya inteligencia no valoramos especialmente, con mayor o menor razón según los casos.

Si hiciéramos hoy una apresurada taxonomía de la idiotez en política deberíamos comenzar, sin duda, por aquellos que quieren destruirla (o capturarla, según el vocablo más en boga). Se desmantela lo público, los mercados tienen más poder que los electorados, las decisiones que nos afectan son adoptadas sin criterios democráticos, no hay instituciones que articulen la responsabilidad política... Poderosos agentes económicos o los embaucadores de los medios de comunicación están muy interesados, por razones obvias, en que la política no funcione bien o no funcione en absoluto (y encuentran, por cierto, políticos muy predisuestos a colaborar en la demolición). Esta es la amenaza más grosera contra la posibilidad de que los seres humanos vivamos una vida políticamente organizada, es decir, con

los criterios que la política trata de introducir en una sociedad que de otro modo estaría en manos de los más poderosos: democracia, legitimidad, igualdad, justicia.

Existe un segundo tipo de idiotas políticos en el que se encuentran todos aquellos que tienen una actitud indiferente hacia la política. Por supuesto que los pasivos tienen todo el derecho a serlo (y yo a considerar que su vida es menos lograda). No ser molestado es una de las libertades más importantes y cualquier supresión de una libertad tiene que ser justificada con buenas razones. Me gustaría únicamente recordarles que si quieren que les dejen en paz no han elegido el mejor camino para lograrlo. «La persona que desea que le dejen en paz y no tener que preocuparse de la política acaba siendo el aliado inconsciente de quienes consideran que la política es un espinoso obstáculo para sus sacrosantas intenciones de no dejar nada en paz» (Crick 1962, 16). Es muy frecuente que se produzca una alianza implícita entre quienes se desinteresan por la política y quienes aspiran al poder pero rechazan las incómodas formalidades de la política. Al final, lo que tenemos es lo de siempre pero camuflado: personas que ejercen el poder, pero que actúan como si no lo tuvieran, asegurando que no son políticos. Hay quien debe su fuerza política al rechazo de la política. En 1958 muchos franceses apoyaban a De Gaulle porque estaban convencidos de que libraría a Francia de los políticos; el poder de Silvio Berlusconi se debió en buena medida a que supo atraer a quienes detestaban a los políticos; los ejemplos de esta singular operación seguirán aumentando en la medida en que haya gente dispuesta a ceder a los encantos de la antipolítica.

Hay una tercera acepción del término, tal vez menos evidente pero muy contemporánea, y sobre la que estoy especialmente interesado en llamar la atención porque suele pasar inadvertida. Me refiero a quienes se interesan por la política, pero lo hacen con una lógica que no es la de ciudadanos responsables sino más bien la de observadores externos o clientes enfurecidos que termina destruyendo las



condiciones en las cuales puede desarrollarse una vida verdaderamente política. Al menos desde que la crisis económica hiciera visibles los graves defectos de nuestros sistemas políticos y más insoportables las injusticias que causaba, vivimos en tiempos de indignación. No voy a perder el tiempo en darle la razón a este sentimiento y en recorrer el listado de circunstancias que justifican nuestro profundo malestar. Considero más productivo en este momento señalar hasta qué punto ciertas expresiones de nuestra indignación pueden llevarnos a conclusiones que representan lo contrario de aquello que queremos defender. Como advierte José Andrés Torres Mora, puede que estemos haciendo un diagnóstico equivocado de la situación como si el origen de nuestros males fuera el poder de la política y no su debilidad. La regeneración democrática debe llevarse a cabo de manera muy distinta cuando nuestro problema es que nos tenemos que defender frente al excesivo poder de la política o cuando el problema es que otros poderes no democráticos están sistemáticamente interesados en hacerla irrelevante. Y tengo la impresión de que no acertamos en la terapia porque nos hemos equivocado de diagnóstico.

Comparto en principio todas aquellas medidas que se proponen para limitar la arbitrariedad del poder, pero no estoy de acuerdo con quienes consideran que este es el problema central de nuestras democracias en unos momentos en los que nuestra mayor amenaza consiste en que la política se convierta en algo prescindible. Con esta amenaza me refiero a poderes bien concretos que tratan de neutralizarla, pero también a la disolución de la lógica política frente a otras lógicas invasivas, como la económica o la mediática, que tratan de colonizar el espacio público. Debemos resistirnos a que las decisiones políticas se adopten con criterios económicos o de celebridad mediática porque en ello nos jugamos la imparcialidad que debe presidir el combate democrático. Y me refiero también al idiota involuntario que despolitiza sin saberlo, probablemente contra sus propias intenciones.

Puede que los tiempos de indignación sean también momentos de especial desorientación y por eso prestamos más atención a la corrupción que a la mala política; exigimos la mayor transparencia y no nos preguntamos si estamos mirando donde hay que mirar o en lo que nos dejan, de paso que nos convertimos en meros espectadores; criticamos el aforamiento de los políticos (seguramente excesivo) sin darnos cuenta de que es un procedimiento para proteger a nuestros representantes frente a otras presiones distintas de la de representarnos; endurecemos las incompatibilidades y dificultamos las llamadas «puertas giratorias» y de este modo contribuimos a llenar el sistema político de funcionarios; celebramos el carácter abierto y participativo de la red, pero luego nos quejamos de que eso no hay quien lo controle; muchas formas de protesta pueden agrandar la desconexión existente entre los ciudadanos y la política, hacer más rígidas las posturas de la ciudadanía, aumentar el malestar y la desilusión de la gente y simplificar los asuntos políticos o la naturaleza de las responsabilidades buscando eslóganes simples y chivos expiatorios... No sé cuánto podemos hacer frente a la crisis que tanto nos irrita; tratemos al menos de que no nos distraigan.

La indignación lo pone todo perdido de lugares comunes: nuestro mayor problema es la clase política, son demasiados; se acabaron los partidos, que dimitan todos; da igual quien lo haga, no toman las decisiones correctas o lo hacen demasiado tarde, se pasan todo el día hablando; no juguemos con las emociones, ya no existen la izquierda y la derecha; son incapaces de ponerse de acuerdo, se puede pero no se quiere; no nos representan, no nos hacen caso; cuanta más transparencia mejor; todo se debe a la falta de ética... El problema de estos reproches es que no son completamente falsos, pero tampoco del todo verdaderos. Este libro trata de calibrar lo que tienen de ciertos, de forma que nos ayuden a comprender la naturaleza de la política y a criticar sus debilidades de la manera más certera posible.

La pretensión de «explicar» la política –según se declara en el título de esta introducción– tiene que hacer frente a dos posibles objeciones. En primer lugar, no recompone una relación de verticalidad, como si hubiera quién sabe de esto y quién no. En las páginas que siguen defienden apasionadamente que la política es un asunto de todos y que en una democracia no hay expertos incontestables (lo cual no es incompatible con que nos ayudemos mutuamente a combatir la perplejidad desde nuestra competencia particular). Y, en segundo lugar, que explicar no es un sinónimo de disculpar. Sólo quien ha entendido bien su lógica y lo que la política está en condiciones de proporcionarnos puede evitar las falsas expectativas y, al mismo tiempo, formular sus críticas con toda radicalidad. Me gustaría contribuir a que entendiéramos mejor la política porque creo que sólo así podemos juzgarla con toda la severidad que se merece.

Algo serio está pasando en la política y el término «indignación» con que últimamente viene asociada lo refleja con dramatismo. Nunca en la historia ha habido tantas posibilidades de acceder, vigilar y desafiar a la autoridad, pero nunca se ha sentido la gente tan frustrada en relación con su capacidad de hacer que la política sea algo diferente. Seguramente la crisis que estamos viviendo sea un proceso complejo y que discurre con tal aceleración que todavía no hemos tenido tiempo suficiente para entenderla en toda su magnitud. Tal vez por ello los tiempos de la indignación sean también, y principalmente, tiempos de confusión. Quien diga que lo tiene todo claro podría ser alguien mucho más inteligente que nosotros, pero lo más probable es que sea un peligro público. No es posible que todas las soluciones que se proponen para superar nuestras crisis políticas tengan razón, simplemente porque son diferentes e incluso contrapuestas. Las hay razonables, pero también frívolas y peregrinas.

Para agravar un poco las cosas, si somos sinceros, deberíamos reconocer que tampoco es que la gente sepa exactamente lo que la política debería hacer; la incerti-

dumbre se ha apoderado de los gobernantes pero también de los gobernados, que podemos indignarnos e incluso sustituirles por otros, ya que tenemos la última palabra, pero no siempre tenemos la razón ni disfrutamos de ninguna inmunidad frente a los desconciertos que a todos provoca el mundo actual. Si es malo el elitismo aristocrático también lo es el elitismo popular. Por eso la crisis política en la que nos encontramos no se arregla poniendo a la gente en el lugar de los gobernantes, suprimiendo la dimensión representativa de la democracia. Se trata de que unos y otros, sociedad y sistema político, gestionemos juntos la misma incertidumbre.

Aseguraba Hannah Arendt, en un contexto muy distinto del actual, que «quien quiera hoy hablar acerca de la política ha de comenzar con todos los prejuicios que se tienen contra ella» (Arendt 1993, 13). Es esta tarea de renovación de las categorías políticas, que trata de apuntalar unas y transformar otras, algo que me ha ocupado durante algunos años (Innerarity 2002) y del que este libro pretende ser una síntesis. En una época de indignación, que cuestiona y critica muchas cosas que dábamos por pacíficamente compartidas, este libro trata de darle un repaso a nuestra idea de la política preguntándose si hemos acertado a la hora de definir su naturaleza, a quién corresponde hacerla, cuáles son sus posibilidades y sus límites, si siguen siendo válidos algunos de nuestros lugares comunes, y qué podemos esperar de ella. Desearía contribuir a que esa indignación no se quede en un desahogo improductivo, sino que se convierta en una fuerza que impulse la política y mejore nuestras democracias.

## Bibliografía

Arendt, Hannah (1993), *Was ist Politik? Fragmente aus dem Nachlass*, Múnich: Piper [Traducción castellana, *¿Qué es la política?*, Barcelona: Paidós].

- 
- Brugué, Quim (2014), *¡Es la política, idiotas!*, Girona: Documenta Universitaria.
- Crick, Bernard (1962), *In Defence of Politics*, Chicago University Press [Traducción castellana, *En defensa de la política*, Barcelona: Tusquets].
- Innerarity, Daniel (2002), *La transformación de la política*, Barcelona: Península.
- Jauregui, Gurutz (2013), *Hacia una regeneración democrática. Propuestas para la supervivencia de la democracia*, Madrid: Catarata.
- Ovejero, Félix (2013), *¿Idiotas o ciudadanos? El 15-M y la teoría de la democracia*, Barcelona: Montesinos.